

LIBRO SEGUNDO

---

1822-1823

*Nos canimus surdis.*

ODA PRIMERA

A MIS ODAS

*... Teutanda via est qua me quoque possim.  
Tollere humo, victorque virum volitare per ora.*

VIRGILIO.

I

Este es, odas mías, el instante  
de desplegar vuestras inquietas alas;  
buscad de un mismo vuelo  
las estrelladas bóvedas celestes.

El momento es propicio...  
¡Vamos! Tronando, el rayo os ilumina,  
y la tormenta popular se entrega  
al vuelo de los bóreas.

Para aquel que soñó por largo tiempo  
en el día cruel del sacrificio,  
sí, la hora en que llega la tormenta  
es hora bien propicia;  
pero yo, bajo un cielo raso y puro,  
si hubiese visto, genio afortunado,  
en la luz y armonía vaporosos  
flotar vuestros ropajes azulinos;

si no hubiese tocado  
ningún profanador vuestras ofrendas;  
si, sobre vuestras púdicas guirnaldas,  
ningún reptil impuro, sus anillos  
marchitadores arrastrado hubiese;  
si la ardorosa tierra, á vuestro paso,  
exhalado no hubiera  
más nube que el vapor de un dulce incienso;

hubiera yo á la Musa bendecido,  
mi victoria cantando,  
y al poeta lanzado hacia la gloria  
así le hubiera dicho: «¡Oh riachuelo  
que corres á los mares,  
lánzate en el Océano del mundo  
sin temor de mezclarte con sus ondas,  
porque no son amargas!»

## II

¡Dichoso el que no huye  
de las negras tinieblas del olvido!  
¡Dichoso el que no sabe  
cuántos fúnebres ecos  
al ruido de un nombre repercuten!  
¡El que no sabe si es la gloria inquieta,  
si del poeta la costosa palma  
es tan sólo una palma de martirio!

Sin miedo al cazador, á la tormenta  
ó al vértigo, ¡dichosa la avecilla  
que se cierne en su vuelo!  
¡Dichoso aquel que nada intentar quiere!  
¡Dichoso aquel que sigue su camino!  
¡Dichoso aquel que vive

sólo para vivir, y aquel que canta  
para cantar tan sólo!

## III

¡Oh mis cantos! ¡Vosotros,  
adiós! ¡Buscad vuestro humo!  
Mi morada, cerrada nuevamente,  
lloraréis, en el seno del ruido,  
el tiempo en que, escondidos bajo velos,  
erais cual las estrellas,  
que solamente brillan por la noche.

Cuando, uno tras otro, en la balanza  
poniéndoos y sacándoos, mis amigos  
por la noche os juzgaban en silencio,  
poetas por la lira emocionados  
que desertaban la ciudad sonora  
y las flores de Isaura trasplantaban  
de Academo en los plácidos jardines;

como un ángel llevado  
por sus alas de oro,  
murmurando veníais  
palabras sacrosantas. Pronunciabais  
para alzar y abatir, en el delirio  
de vuestra inspiración, cuanto la lira  
puede cantar y el alma soñar puede.

En la disputa, por un noble premio  
en una santa arena,  
abandonabais el Olimpo todo  
á los hijos de Hipócrenes, rivales  
de vuestro vuelo ardiente;  
como el amante de Atalante, un día,

para dar freno á su veloz carrera,  
las manzanas de oro les echabais.

Seguidos se os veía  
de silfos y de hadas  
atando á nuestros jóvenes trofeos  
antiguos fasces, ensalzando el campo  
y sus trabajos, ó lanzando voces  
proféticas ó bien cuentos antiguos  
(nuevos siempre) pidiendo  
á las edades góticas.

A veces á los reyes consolaba  
vuestro laúd piadoso y compasivo,  
y de lo alto del trípode  
los tronos defendiais;  
del inocente apoyo, á menudo,  
cual tributo expiatorio,  
para ablandar la historia, derramasteis  
en los sangrientos ríos una lágrima.

## IV

Ahora ya ha terminado todo aquello;  
ahora os marcháis como las golondrinas;  
que un propósito mismo  
os vuelva á encontrar fieles;  
y yo, con tal que, en vuestras luchas, nadie  
dude de vuestra fe; con que, en secreto,  
un corazón escuche  
lo que vais á decirle por lo bajo;

con tal que (cuando en veinte direcciones  
contrarias, al flotar sobre las olas,  
el huracán persiga

vuestras débiles velas temerarias)  
un amigo tan sólo,  
mi suerte lamentando,  
viéndoos por la tormenta combatidos,  
ponga un faro en la orilla  
compadecido y os desee un puerto;

veré vuestros naufragios menos triste.  
Mas id, el tiempo apremia;  
reunid vuestros ánimos;  
combatir á los malos es preciso;  
cual el cetro, también reina la lira...  
Dios, de quien nuestras almas son imperio,  
puso un poder inmenso en nuestros cantos.

## V

El poeta inspirado,  
mientras la tierra ignora,  
es cual las grandes sierras;  
la nueva aurora, antes que el sol despierte,  
dora sus cumbres, y por largo tiempo,  
venciendo de la sombra,  
conserva hasta la noche  
el rayo postrimer del sol ya oculto.

## ODA SEGUNDA

## LA HISTORIA

*Ferrea vox.*

VIRGILIO

## I

Tiene la suerte de los pueblos, como  
 los tiene el mar profundo, sus ocultos  
 escollos y sus simas removientes.  
 El que no ve, del mundo en los destinos,  
 más que luchar las olas al embate  
 del viento sobre ellas, es un ciego.

Domina esas tormentas un inmenso  
 y fuerte soplo y un celeste rayo  
 se hunde á través de aquella noche. El hombre,  
 cuando mezcla á los gritos de la muerte  
 los gritos de la fiesta, en aquel sordo  
 vano rumor, oye una voz secreta.

Los siglos, al pasar (esos hermanos  
 gigantescos, distintos por la suerte,  
 pero por sus promesas parecidos)  
 por contrarios caminos, se dirigen

á un parecido fin, y sus faroles  
 distintos brillan con los mismos fuegos.

## II

Musa, no hay tiempo alguno que no abarque  
 tu mirada; su círculo solemne  
 con ella sigues en lo venidero;  
 pues los días, los años y los siglos  
 describen solamente un débil surco  
 en su camino, en el eterno río.

¡Verdugos, no dudéis! ¡No dudéis, víctimas!  
 Ella pasea su inmortal antorcha  
 por todas partes; ciérnese del monte  
 en la soberbia cima, y se sumerge  
 al fondo del abismo, y á menudo,  
 do faltaba una tumba, funda un templo.

Ella á los héroes que sucumben lleva  
 su palma; así rompe el eje endeble  
 del carro vil de los conquistadores  
 cual camina pensando en el ruido  
 del imperio que cae, y siempre marca  
 el paso del Señor en cualquier senda.

Ella al viejo palacio de los tiempos  
 pone el remate; van á reunirse  
 los siglos á su voz; como un cautivo  
 que avergonzado está de su derrota,  
 su mano arrastra todo lo pasado  
 del porvenir hasta el ignoto seno.

Recogiendo del mundo y sus naufragios  
 los restos, su ojo sigue el vasto buque

de mar en mar alzándose y hundiéndose,  
y sabe mirar juntos, de los tiempos  
que han sido y han de ser en los dos límites  
la última cuna y la primera tumba.

1823.

## ODA TERCERA

## LA BANDA NEGRA

Viajero obscuro, pero religioso,  
yo, á través de las ruinas de la pa-  
tria..., oraba.

C. NODIER.

I

«¡Oh muro! ¡Oh almena! ¡Oh torreón alzado!  
¡Murallas! ¡Fosos de movibles puentes!  
¡De frágiles columnas haz pesado!  
¡Pobres conventos! ¡Fuertes prominentes!  
¡Salas antiguas! ¡Claustros polvorientos,  
donde gemían místicos acentos,  
do en alegres banquetes se reía,  
donde el corazón fija su quimera!  
¡Templos do nuestra madre á Dios pedía!  
¡Torres do nuestro abuelo combatiera!

»¡Lonja do nuestra vanidad se inflama!

¡Casas de Dios! ¡Mansión do un rey vivía!  
¡Iglesias que guardaba la oriflama,  
palacio cuya cruz le protegía!  
¡Fuerte de amores! ¡Arcos de victorias!...  
Vosotros que dais fe de nuestras glorias,  
vosotros que cantáis nuestras grandezas.  
¡Capilla! ¡Altas torres! ¡Monasterios!  
¡Murallas rodeadas de misterios!  
¡Paredes relucientes de bellezas!

»¡Oh despojos de Francia en su hundimiento  
que en vano defendió nuestro cariño,  
estancias de alegría ó sufrimiento,  
vejez monumental de un pueblo niño!  
¡Restos que es un dolor que el tiempo venza!  
Desde la Armórica hasta la Provenza  
fué el honor por vosotros cobijado.  
¡Arcos caídos, naves derrumbadas!  
¡Vestigios de cien razas ya pasadas!  
¡De un río, enjuto hoy, lecho sagrado!

»Sí; yo imagino, mientras os contemplo,  
escuchar de los héroes el adiós;  
en los despojos del caído templo,  
que hay un rayo, diríase, de Dios.  
Mi paso incierto quiere hallar la traza  
de los guerreros de la antigua raza  
que un trono hacían de un pavés, feroces;  
y me pasan las horas olvidadas,  
preguntándole al eco, en sus moradas,  
qué es lo que le ha quedado de sus voces.

»Muchas veces mi musa aventurera,  
fantaseando antiguos figurines,  
con la coraza que vistió guerrera,  
ciñó la banda de los paladines.

De un hierro viejo armándose, el arrojado  
 tuvo aún de quitarle su despojo  
 del corredor al largo artesonado;  
 y á su corcel no alado, á otras regiones  
 queriendo apresurar, los espolones  
 de oro macizo aún calzar ha osado.

»Me gustaba el casar, al que el camino  
 esconde tras del bosque sus contornos,  
 y cuya puerta del macizo pino  
 se hunde entre dos torres sin adornos.  
 A las fúnebres aves en acecho  
 me gustaba mirar, sobre aquel techo  
 agrupadas en negros batallones,  
 donde lanzando voces sepulcrales  
 revolotea en sendos espirales  
 por entre los ligeros pabellones.

»Y la torre, por entre verde hiedra,  
 do la campana de la queda lenta  
 se bambolea, y de la cruz de piedra  
 las gradas do el viajero se sienta;  
 la iglesia que parece estar velando  
 sus tumbas, y palomas arrullando  
 lejos el fruto de sus dulces lazos;  
 y como alas, en fin, de un buitre en vela,  
 la obscura y almenada ciudadela  
 que por encima el valle abre sus brazos.

»Me gustaba el torreón de las alarmas;  
 el patio en que sonaban los clarines;  
 la sala en que, quitándose las armas,  
 se juntaban los altos paladines;  
 las vidrieras brillantes ó sombrías,  
 y la covacha de paredes frías  
 que hoy del tiempo implacable el peso abate,

el noble, sordo al viento que murmura,  
 se acostaba metido en su armadura  
 cual si víspera fuera de un combate.

»Hoy en día por entre las cascadas,  
 entre ramas del bosque que los ciegan,  
 los esbeltos pinares, las arcadas,  
 sus frentes confundidas ¡ay! doblegan.  
 La insigne fortaleza derruida,  
 que á la cabra montés sólo convida,  
 hoy su cabeza de granito inclina;  
 ¡restos á los que se ama y se venera!  
 Allí hace el nido el águila altanera,  
 y lo esconde también la golondrina.

»Al igual que esta ave pasajera,  
 el poeta buscó á cada viaje  
 si la tibia y hermosa primavera  
 las ruinas también en el paisaje.  
 Estos despojos, su caballería  
 á la patria recuerdan todavía;  
 en sus cenizas vive aún flotante  
 la gloria; de héroes aún están pobladas:  
 si no son más que sombras desdichadas,  
 son cuando menos sombras de gigante.

»¡Franceses! ¡Respetemos esos restos!  
 Al buen hijo bendícenle los cielos,  
 si sabe conservar en días funestos  
 la herencia que dejaron sus abuelos.  
 Como un timbre de gloria que se ha ido,  
 contemos cada piedra que ha caído;  
 que el tiempo su ley dura aquí suspenda;  
 la esperanza devuélvase al recuerdo,  
 la Galia á Francia, y por común acuerdo,  
 al joven rey, de este casar la ofrenda.»

## II

¡Cállate, lira! ¡Oh lira del poeta,  
silencio! Deja caer esos gloriosos  
despojos á la sima  
donde ningún amigo mucho tiempo  
ha de seguirlos con la vista, mudo  
en su mudo dolor. Viejos testigos  
que el tiempo en nuestra edad había dejado,  
guardianes de un pasado al que se ultraja,  
¡derruíos! ¡Huid de este hostil siglo,  
solemnes ruinas y sagrados restos!  
¿Por qué velar aún?, ¡oh centinelas  
postreros de unos campos  
que por siempre reposan!

Quizás mejor aún: que la carrera  
del tiempo vuele más. ¡Pero qué es esto!  
¿Ya no hay aquellos héroes  
que á los héroes echaron de sus tumbas,  
que los muertos tuvieron por verdugos?  
¡Honor á aquellos bravos que renombra  
nuestro orgullo! Jamás Roma ni Esparta  
hecho tan hazañoso  
han registrado. De estas piedras fúnebres  
triunfaron; dispersaron  
cenizas y rompieron huesos. ¡Gloria!  
¡Proscribieron sepulcros!

¡Qué! ¿Dios esos intrépidos trabajos  
inspiró? De aquel polvo descubierto  
por sus afanes, satisfechos todos,  
¿no querían tal vez más que sepulcros  
vacíos, ya que el cielo que tenían  
era un cielo desierto? Es que domando

respetos y aprensiones  
con que fascina ante su grey la muerte,  
su mano imaginóse  
mortificar á algún retoño agosto  
como si hiciera daño á sus raíces;  
y en pos corriendo de hecatombes nuevas  
su sublime valor, en sus ataques  
á aquellas tumbas, ¿es que se ensayaba  
en vencer una cuna?

¡Vengan ahora! Que su muchedumbre  
se lance y se reunan  
todas aquellas aguerridas tropas.

He aquí enemigos dignos  
de su valor: ¡despojos y ruinas!  
Que sin espanto, bajo aquellas puertas  
abiertas, entren; las desiertas torres  
que luego asedien, pues no corren riesgo  
en semejante triunfo.

Mas no despierten á los hazañosos  
de esas murallas; porque aquellas sombras,  
que en su tiempo ganaron cien batallas,  
por extranjeros ¡ay! los tomarían.

Estar quiere este siglo solitario  
entre los tiempos. Vamos á herir estos  
muros, aún de los años vencedores.

No, que no quede nada  
de las viejas edades en la tierra,  
ya que nada ha quedado  
en nuestro corazón. La herencia inmensa  
en donde se amontonan nuestras glorias  
pasa excesivamente  
por su sostenimiento  
á los pueblos modernos que ahora viven.  
El paso se retarda



que un mismo aliento ordena.  
El pasado ¿qué importa?  
Del tiempo que da Dios, no conservamos  
más que el porvenir solo.

No más se nos alabe á nuestros crédulos  
antepasados. Ellos sus deberes  
veían do nosotros  
vemos nuestros derechos.  
Tenemos, además, nuestras virtudes.  
Nosotros engañamos á los curas  
y asesinamos á los reyes. Harto  
cierto es que el antiguo honor de Francia,  
y la fe, hermana humilde  
de la esperanza, huyeron  
de esta infortunada época nuestra.  
El crimen el lugar de las antiguas  
virtudes ha ocupado,  
y esconde sus senderos, cual la zarza  
de un templo abandonado el umbral borra.

Cuando de tus recuerdos despojada  
su antigua majestad haya perdido  
Francia, ¡ay!, todavía, disputándole  
algún jirón de mancillada púrpura,  
se reirán de su desnudez misma.

A esta sagrada madre  
jamás nosotros profanamos. Cantos  
á su gloria elevemos, hoy llorosa.  
Sus astros eclipsados ensalcemos.

Pues nuestra joven musa,  
la anarquía afrontando, su bandera  
no quiere sacudir, hoy blanqueada  
con el polvo de tiempos que pasaron.

## ODA CUARTA

## A MI PADRE

*Domestica facta.*

HORACIO.

## I

¡Cómo! ¡Siempre una lira  
y jamás una espada!  
¡Siempre en un velo obscuro  
mi pobre vida envuelta!  
¡Nunca, jamás, á mis perdidos pasos,  
la militar arena! ¿Solamente  
desvanecer mi cólera  
en cadenciosos y sonoros versos?  
¡Ver consumir mis días  
en pensamientos fútiles,  
mi alma toda en cánticos perdidos!

Y, no obstante, entregada á los tiranos  
que desafía ella,  
la Grecia muestra á los cristianos reyes  
su esclava cruz; y España, dolorida,  
implora á grandes voces  
nuestro valor eterno  
porque ella ha conocido  
de su terror la embriaguez amarga,  
cual el pobre huérfano arrancado.

del lado de su madre,  
perdió su trono antiguo  
de las antiguas leyes el apoyo.

Yo sueño algunas veces  
que descuelgo tu espada, ¡oh padre mío!,  
para seguir del Cid en los países  
á nuestros valerosos campeones,  
ó para hacer que sepan  
en la revuelta Esparta  
que, si á los griegos un francés no supo  
devolver un Tirteo,  
un Leónidas supo devolverles.

¡Sueños fugaces! Pero, padre mío,  
á lo menos nõ pienses que mi musa  
tenga para tus bravos compañeros,  
cantares que rehusa para ella.

El poeta reviste  
—á los soldados fiel—de honor eterno  
á la victoria; el que á la gloria ama  
es amante de todos los laureles  
cual de todas las flores.

## II

¡Franceses! ¡Os decora  
la victoriosa palma del combate!  
¡Inclinados al peso de un tirano,  
todavía erais grandes! Aquel jefe  
prodigioso elevóse por vosotros;  
la inmortalidad suya en vuestras glorias  
se funda, y nada borrará del mundo  
su nombre que grabaron  
vuestros duros aceros.

Añadiendo una página  
á todas las historias,  
él uncía á su carro victorioso  
á los reyes cautivos.

Dios en su ciega diestra  
puso la muerte. El universo entero  
jadeaba á su peso formidable,  
y, cual lo que trazase  
un niño en las arenas de la playa,  
los imperios del mundo, confundidos,  
borrábanse á su paso.

Por la fortuna que antes le halagara  
fué castigado; confió imprudente  
su destino, tan frágil como vasto,  
á aquel orgullo que en la tierra expía  
siempre el osado. ¿A dónde, en su locura,  
desdichado, aspiró tu pensamiento?  
¡Qué! ¿Querías acaso, en tu insensata  
carrera, que los tronos  
todos del mundo de escabel te hicieran?

Llegó su día; se le vió hacia Francia  
alarmada huir, tras sí arrastrando  
como un jirón de ejército:  
doquier carròs, corceles y soldados  
en presurosa fuga.

Así en su vuelo inmenso, por el plomo  
si es alcanzada el águila, esparcido  
su plumaje, su rastro lejos siembra,  
mientras se cae del celeste imperio.

Que en su lecho de polvo duerma ahora.  
Al rededor de su guerrera tumba  
ya no se ve, expiando  
su despertar, á veinte.

cortesianos reales.

La Europa, zozobrosa tanto tiempo  
bajo su brazo, ya no cuenta ansiosa  
las horas, á la puerta de su tienda,  
que de su negro sueño van pasando.

¡Franceses, vuestra gloria  
usurpada, tomadla nuevamente!  
Bastante tiempo ya, en vuestras hazañas  
sólo se vió una espada. Ya bastante  
la voz de la alabanza fatigóse.  
Medid la altura del gigante en polvo.  
¿Qué águila no venciera  
estando armada con el rayo vuestro?  
Y de vuestro pavés desde lo alto,  
¿quién no sería grande?

Sobre vuestras cabezas, aún, la estrella  
de Breno sobre vuestras testas luce.  
La victoria, franceses tuvo siempre  
en sus fiestas. La paz de todo el mundo  
pende de su reposo.  
Sobre los pasos de Moreau, Xantrailles  
y Condé, en sus campos de batalla,  
este glorioso pueblo  
hizo envejecer siempre sus banderas.

### III

Tú, padre mío, cuéntanos,  
tu cabeza inclinando,  
los escollos de tu tempestuosa  
carrera, rodeado, á la velada  
de un estrecho auditorio silencioso.  
Si no son ya tu herencia

opulentos tesoros, ví á tus hijos  
que con tu patrimonio están contentos:  
¿hay otro más hermoso, por ventura,  
que el de un nombre doquier reverenciado?

Para mí, tu armadura abandonada  
tomaré de entre el polvo venerable,  
puesto que tu estandarte duerme junto  
al hogar, y por ver hazañas tuyas,  
le pondré los arneses  
al corcel que me lleva  
á las luchas poéticas  
mientras se enmohece tu guerrero carro.

A mi laúd obscuro llega el brillo  
de tu espada; que al menos en tu vida  
ocupada mi voz, este recuerdo  
hermoso tenga su solemne encanto.

Contaré tus combates  
á las atentas musas,  
como alegre y erguido el débil nido  
arrastra el gladio paternal por entre  
sus tímidas hermanas.

Agosto, 1823.